**Martes XIII del TO  
Ciclo C**

****28 de junio de 2022  
Am 3, 1-8; 4, 11-12  
Sal 5  
Mt 8, 23-27  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

No perdamos de vista que esta sección de Mateo[[1]](#footnote-1) comienza, como explicábamos ayer, con una orden de Jesús de ir a «*la otra orilla*» y con todo lo que eso significa, por ser una propuesta conflictiva y arriesgada. Conflictiva, porque supone muchas renuncias egoicas y grupales, dejando las seguridades personales y de la propia familia o grupo; y arriesgada porque supone la apertura al amor en un ambiente donde la respuesta será hostil. Además, veíamos (por la respuesta que da Jesús a los personajes que se le acercaron) cómo la exigencia del seguimiento de Jesús pasa, por un lado, por vivir a la intemperie, sin cobijo ni seguridades, siendo apátridas, conscientes que el caminar con el Maestro será difícil; y, por otro, un dejar el pasado tradicional que engendra muerte para lanzarse a la vida que Jesús representa, experimentando y transmitiendo el Reino de Dios en el presente, lanzados hacia el futuro. Mateo narra el episodio de la tormenta que hoy nos ocupa como un símbolo de lo que implica seguir a Jesús y ser su discípulo. Por eso es que ha hecho preceder intencionalmente tal relato con aquellas dos cortas escenas en las que se trata de seguir a Jesús y que él vincula (decíamos) con la palabra-gancho «***seguir***»[[2]](#footnote-2)

Quiero decir con esto que cuando los evangelistas (en este caso Mateo) transmiten palabras y hechos de Jesús no se remiten a una especie de archivo comunitario, sino que se inspiran en el kerigma (el anuncio de salvación) de la comunidad y sirven a ese kerigma. Puesto que Jesucristo no es una figura del pasado y, por tanto, no es una pieza de museo, no puede haber para la tradición cristiana primitiva que procede de él un «archivo» en el que este guardado[[3]](#footnote-3), encerrado y acotado. Mateo está construyendo este relato en función de una intención muy particular suya y pone el sentido del mismo al servicio de un nuevo motivo: de ahí las diferencias en el relato con Marcos y Lucas. Baste mencionar el contexto específico que señalamos arriba y que desarrollamos más el día de ayer.

Mateo, decíamos, coloca antes del relato de la tormenta unos dichos de Jesús sobre el seguimiento; el primero el ofrecido por un escriba que quiere seguirlo y el segundo por la petición de un discípulo que solicita permiso para enterrar a su padre. En ambos casos se trata de ***seguimiento*:** en el primero Jesús previene contra una decisión irreflexiva, y en el segundo Jesús habla de radicalidad en la decisión. Solo Mateo, después de esto habla del episodio que nos ocupa hoy: la tempestad calmada.

Así las cosas, continúa Mateo diciendo que «*habiendo subido él en la barca —*[para ir a la otra orilla]— *, sus discípulos* ***lo siguieron***». Importante este matiz. Y aquí está la primera diferencia con los otros evangelistas. Porque no dice el relato original en griego (como dice la traducción de la Liturgia) que «Jesús subió a la barca con sus discípulos». No, nada de eso. El texto dice que subió él primero, y sus discípulos «***lo siguieron»***. ¡Otra vez el seguimiento! Este verbo vincula este episodio de la tempestad calmada con el episodio anterior. Es Jesús quien toma la iniciativa en la misión y son los suyos los que deben seguirlo a él. Y Mateo, el redactor del Evangelio, lo sigue y quiere que nosotros lo sigamos también.

Con esto Mateo relaciona la travesía de los discípulos junto con Jesús y el hecho de calmar la tormenta con el seguimiento y, de este modo, con el pequeño barco de la Iglesia. Porque, en efecto, el grito de socorro de los discípulos (y aquí está la segunda diferencia en el relato con los otros evangelistas) es una jaculatoria comunitaria que comienza con un título que las primeras comunidades cristianas daban a Jesús Resucitado, un título divino de dignidad: «¡Señor!». *«¡Señor, sálvanos, que perecemos!*»[[4]](#footnote-4). El grito de los discípulos es, pues una oración que contiene la confesión de fe de los discípulos.

Pero existe también otra diferencia (la tercera) a destacar con los otros dos evangelistas. Y es que el milagro del calmar de la tormenta se da en Marcos y Lucas antes de la reprimenda; en Mateo, sin embargo el reproche va antes y el milagro después. Antes de que los elementos hayan sido acallados, (la borrasca es el símbolo de las pruebas, dramas y dificultades que se presentan en la travesía del mar de la vida) la palabra de Jesús se dirige a los discípulos y les avergüenza por su pequeña fe. La expresión «*hombres de poca fe*» es característica de Mateo[[5]](#footnote-5) y siempre, por cierto, para describir una fe muy débil que decae con las preocupaciones y dificultades. Es, por lo tanto, una fe aparente, que no es madura antes las sacudidas de la vida.

Pues así como la borrasca impetuosa es símbolo de las tribulaciones de los discípulos de Jesús, del mismo modo la gran paz que su palabra provoca recibe el mismo sentido que más tarde el evangelista Juan dirá en la última cena: «*les he dicho estas cosas para que tengan paz en mí. En el mundo tendrán tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo*»[[6]](#footnote-6).

Por último, la diferencia final (la cuarta) con Marcos y Lucas. En Mateo quienes confirman lo sucedido con su pregunta atónita no son los discípulos[[7]](#footnote-7), sino los hombres: « *y* *los hombres se admiraron diciendo: qué hombre es este…*»[[8]](#footnote-8). Es el coro de a los que va dirigida la enseñanza. La intención de Mateo es clara al querer ampliar el horizonte de la enseñanza, convirtiéndose en una llamada al seguimiento y discipulado.

Observando, pues, el contexto del relato hemos llegado a descubrir la intención del evangelista Mateo al redactar el episodio como lo ha hecho. Comenzó con una presentación del ***seguimiento*** (los dos personajes iniciales), en el que los discípulos experimentan la tribulación y la salvación, la tempestad y la paz. Efectivamente el mensaje de Jesús no es un archivo cerrado como decíamos al principio. No es un hecho encerrado en el pasado. Nada de eso; cada episodio se proyecta al presente de la comunidad cristiana de todos los tiempos. El relato se convierte en la intención de Mateo en kerigma (anuncio de salvación) y paradigma de los peligros y de la realización personal y plenitud humanas del discipulado.

1. El relato se encuentra también en Mc 4, 35-41 y Lc 8, 22-25. Lo menciono porque habrá diferencias reseñables entre Mateo y los otros dos sinópticos que son importantes, pues le dan otro sentido a su texto. [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Günther Bornkamm. *Jesús de Nazaret*. Ed. Sígueme. Salamanca, 1975 [↑](#footnote-ref-2)
3. Cfr. Günther Bornkamm. *La tempestad calmada en el Evangelio de Mateo*, en Rafael Aguirre-Antonio Rodríguez, *La investigación de los evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles en el siglo XX*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra) 1996 [↑](#footnote-ref-3)
4. En Marcos y Lucas le llaman «Maestro», que es un título humano respetuoso [↑](#footnote-ref-4)
5. Cfr. 6,30; 8,26; 14,31; 16,8; 17,20. Sólo aparece una vez en Lc 12,28 [↑](#footnote-ref-5)
6. Jn 16,33 [↑](#footnote-ref-6)
7. …como en los otros dos evangelistas [↑](#footnote-ref-7)
8. La Liturgia traduce: «y aquellos hombres» [↑](#footnote-ref-8)